

LEÓN, FRAY LUIS DE (1527 – 1591)

POESÍA LÍRICA

ÍNDICE:

VIDA RETIRADA
A DON PEDRO PORTOCARRERO
A FRANCISCO SALINAS
CANCIÓN AL NACIMIENTO DE LA HIJA DEL MARQUÉS DE ALCAÑICES
A FELIPE RUIZ
DE LA MAGDALENA
PROFECÍA DEL TAJO
NOCHE SERENA
LAS SERENAS
AL LICENCIADO JUAN DE GRIAL
A FELIPE RUIZ
A DON PEDRO PORTOCARRERO
CONTRA UN JUEZ AVARO
ESPERANZAS BURLADAS
A DON PEDRO PORTOCARRERO
DESCANSO DESPUÉS DE LA TEMPESTAD
MORADA DEL CIELO
EN LA ASCENSIÓN
EN LA FIESTA DE TODOS LOS SANTOS
A SANTIAGO
A NUESTRA SEÑORA
AL SALIR DE LA CÁRCEL
IMITACIÓN DEL PETRARCA
DE JOAN DE LA CASSA
ORACIÓN
IMITACIÓN DE DIVERSOS
IMITACIÓN DE LA ODA IX DE HORACIO:
IMITACIÓN DE LA ODA XII, Lib. II de Horacio
SONETOS
A LA ASCENSIÓN DE XTO
LETRA
VOTO
CARMEN EX VOTO
APÉNDICE
EPITAFIO
CANCIÓN A LA MUERTE DE CARLOS V
OTRA LIRA SOBRE LA CONVERSIÓN

A LA VIDA DEL CAMPO
A LA ASUNCIÓN DE NUESTRA SEÑORA
A NUESTRA SEÑORA
CANCIÓN A NUESTRA SEÑORA

VIDA RETIRADA

¡Qué descansada vida
la del que huye el mundanal ruido,
y sigue la escondida
senda, por donde han ido
los pocos sabios que en el mundo han sido!

Que no le enturbia el pecho
de los soberbios grandes el estado,
ni del dorado techo
se admira, fabricado
del sabio moro, en jaspes sustentado.

No cura si la fama
canta con voz su nombre pregonera;
ni cura si encarama
la lengua lisonjera
lo que condena la verdad sincera.

¿Qué presta a mi contento,
si soy del vano dedo señalado,
si en busca de este viento
ando desalentado
con ansias vivas, con mortal cuidado?

¡Oh campo! ¡Oh monte! ¡Oh río!
¡Oh secreto seguro, deleitoso!
Roto casi el navío,
a vuestro almo reposo
huyo de aqueste mar tempestuoso.

Un no rompido sueño,
un día puro, alegre, libre quiero;
no quiero ver el ceño
vanamente severo
del que la sangre sube o el dinero.

Despiértenme las ave
con su cantar süave, no aprendido;
no los cuidados graves
de que es siempre seguido
quien al ajeno arbitrio está atenido.

Vivir quiero connmigo,
gozar quiero del bien que debo al cielo,
a solas, sin testigo,
libre de amor, de celo,
de odio, de esperanzas, de recelo.

Del monte en la ladera
por mi mano plantado tengo un huerto,
que con la primavera,
de bella flor cubierto,
ya muestra en esperanza el fruto cierto.

Y como codiciosa
de ver y acrecentar su hermosura,
desde la cumbre airosa
una fontana pura
hasta llegar corriendo se apresura.

Y luego, sosegada,
el paso entre los árboles torciendo,
el suelo, de pasada,
de verdura vistiendo,
y con diversas flores va esparciendo.

El aire el huerto orea,
y ofrece mil olores al sentido,
los árboles menea
con un manso ruido,
que del oro y del cetro pone olvido.

Ténganse su tesoro
los que de un flaco leño se confían;
no es mío ver el lloro
de los que desconfían,
cuando el cierzo y el ábrego porfían.

La combatida antena
cruje, y en ciega noche el claro día
se torna; al cielo suena
confusa vocería,

y la mar enriquecen a porfía.

A mí una pobrecilla
mesa, de amable paz bien abastada,
me baste; y la vajilla,
de fino oro labrada,
sea de quien la mar no teme airada.

Y mientras miserable-
mente se están los otros abrasando
con sed insaciable
del no durable mando,
tendido yo a la sombra esté cantando.

A la sombra tendido,
de yedra y lauro eterno coronado,
puesto el atento oído
al son dulce, acordado,
del plectro sabiamente meneado.

A DON PEDRO PORTOCARRERO

Virtud, hija del cielo,
la más ilustre empresa de la vida,
en el oscuro suelo
luz tarde conocida,
senda que guía al bien, poco seguida:

Tú, dende la hoguera,
al cielo levantaste al fuerte Alcides;
tú en la más alta esfera
con las estrellas mides
al Cid, clara victoria de mil lides.

Por ti el paso desvía
de la profunda noche, y resplandece
muy más que el claro día
de Leda el parto, y crece
el Córdoba a las nubes, y florece.

Y por tu senda agora
traspasa luengo espacio con ligero
pie y ala voladora
el gran Portocarrero,

osado de ocupar el bien primero.

Del vulgo se descuesta;
hollando sobre el oro, firme aspira
a lo alto de la cuesta;
ni violencia de ira,
ni dulce y blando engaño le retira.

Ni mueve más ligera,
ni más igual divide por derecha
el aire y fiel carrera,
o la traciana flecha,
o la bola tudesca un fuego hecha.

En pueblo inculto y duro
induce poderoso igual costumbre,
y do se muestra escuro
el cielo, enciende lumbre,
valiente a ilustrar más alta cumbre.

Dichosos los que baña
el Miño, los que el mar monstruoso cierra
dende la fiel montaña
hasta el fin de la tierra,
los que desprecia de Eume la alta sierra.

A FRANCISCO SALINAS

El aire se serena
y viste de hermosura y luz no usada,
Salinas, cuando suena
la música extremada,
por vuestra sabia mano gobernada.

A cuyo son divino
el alma, que en olvido está sumida,
torna a cobrar el tino
y memoria perdida,
de su origen primera esclarecida,

Y como se conoce,
en suerte y pensamientos se mejora;
el oro desconoce
que el vulgo vil adora,

la belleza caduca, engañadora.

Traspasa el aire todo
hasta llegar a la más alta esfera,
y oye allí otro modo
de no perecedera
música, que es de todas la primera.

Ve cómo el gran maestro,
a aquesta inmensa cítara aplicado,
con movimiento diestro
produce el son sagrado
con que este eterno templo es sustentado.

Y como está compuesta
de números concordés, luego envía
consonante respuesta;
y entrambas a porfía
mezclan una dulcísima armonía.

Aquí el alma navega
por un mar de dulzura, y, finalmente,
en él así se anega,
que ningún accidente
extraño y peregrino oye o siente.

¡Oh, desmayo dichoso!
¡Oh, muerte que das vida! ¡Oh, dulce olvido!
¡Durase en tu reposo
sin ser restituido
jamás a aqueste bajo y vil sentido!

A aqueste bien os llamo,
gloria del apolíneo sacro coro,
amigos a quien amo
sobre todo tesoro;
que todo lo demás es triste lloro.

¡Oh!, suene de contino,
Salinas, vuestro son en mis oídos,
por quien al bien divino
despiertan los sentidos,
quedando a lo demás amortecidos.

CANCIÓN AL NACIMIENTO DE LA HIJA DEL MARQUÉS DE ALCAÑICES

Inspira nuevo canto,
Calíope, en mi pecho, en este día;
que de los Borjas canto
y Enríquez la alegría;
y el rico don que el cielo les envía.

Hermoso sol luciente,
que el día traes y llevas, rodeado
de luz resplandeciente
más de lo acostumbrado,
sal ya, verás nacido tu traslado.

O, si te place agora
en la región contraria hacer manida,
detente allá en buen hora;
que con luz nacida
podrá ser nuestra esfera esclarecida.

Alma divina, en velo
de femeniles miembros encerrada,
cuando viniste al suelo
robaste de pasada
la celestial riquísima morada.

Diéronte bien sin cuento,
con voluntad concorde y amorosa,
quien rige el movimiento
sexto, con la diosa
que en la tercera rueda poderosa.

De tu belleza rara
el envidioso viejo mal pagado,
torció el paso y la cara;
y el fiero Marte airado
el camino dejó desocupado.

Y el rojo y crespo Apolo,
que, tus pasos guiando, descendía
contigo al bajo polo,
la cítara hería,
y con divino canto así decía:

“Desciende en punto bueno,
espíritu real, al cuerpo hermoso;

que en el ilustre seno
ya deseoso
por dar a tu valor dino reposo.

“Él te dará la gloria,
que en el terreno cerco es más tenida,
de agüelos larga historia,
por quien la no sumida
nave, por quien la España fue regida.

“Tú dale, en cambio desto,
de los eternos bienes la nobleza,
deseo alto, honesto,
generosa grandeza,
claro saber, fe llena de pureza.

“En su rostro se vean
de tu beldad sin par vivas señales;
los sus dos ojos sean
dos luces inmortales,
que guén al bien sumo a los mortales.

“El cuerpo delicado,
como cristal lucido y transparente,
tu gracia y bien sagrado,
tu luz, tu continente
a sus dichosos siglos represente.

“La soberana agüela,
dechado de virtud y hermosura,
la tía, de quien vuela
la fama, en quien la dura
muerte mostró lo poco que el bien dura;

“con todas cuantas precio
de gracia y gentileza hayan tenido,
serán por ti en desprecio
y puestas en olvido,
cual hace la verdad con lo fingido.”

¡Ay, tristes! ¡Ay, dichosos
los ojos que te vieren! Huyan luego,
si fueren poderosos,
antes que prenda el fuego,
contra quien no valdrá ni oro ni ruego.

Ilustre y tierna planta,
gozo del claro tronco y generoso,
creciendo, te levanta
a estado el más dichoso,
de cuantos dio ya el cielo venturoso.

A FELIPE RUIZ

En vano el mar fatiga
la vela portuguesa; que ni el seno
de Persia, ni la amiga
Maluca da árbol bueno,
que pueda hacer un ánimo sereno.

No da reposo al pecho,
Felipe, ni la mina, ni la rara
esmeralda provecho;
que más tuerce la cara
cuanto posee más el alma avara.

Al capitán romano
la vida, y no la sed, quitó el bebido
tesoro persiano;
y Tántalo, metido
en medio de las aguas, afligido

de sed está; y más dura
la suerte es del mezquino, que, sin tasa,
se cansa ansí, y endura
el oro, y la mar pasa
osado, y no osa abrir la mano escasa.

¿Qué cale el no tocado
tesoro, si corrompe el dulce sueño,
si estrecha el ñudo dado,
si más enturbia el ceño,
y deja en la riqueza pobre al dueño?

DE LA MAGDALENA

Elisa, ya elpreciado
cabello, que del oro escarnio hacía,

la nieve ha demudado.
¡Ay! ¿Yo no te decía:
“Recoge, Elisa, el pie que vuela el día?”

Ya los que prometían
durar en tu servicio eternamente,
ingratos, se desvían,
por no mirar la frente
con rugas afeada, el negro diente.

¿Qué tienes del pasado
tiempo, sino dolor? ¿Cuál es el fruto
que tu labor te ha dado,
sino es tristeza y luto,
y la alma hecha sierva al vicio bruto?

¿Qué fe te guarda el vano,
por quien tú no guardaste la debida
a tu bien soberano?
¿por quién, mal proveída,
perdiste de tu seno la querida

prenda? ¿por quién velaste?,
¿por quién ardiste en celos? ¿por quién uno,
el cielo fatigaste
con gemido importuno?
¿por quién nunca tuviste acuerdo alguno

de ti misma? Y agora,
rico de tus despojos, más ligero
que el ave, huye; y adora
a Lida el lisonjero;
tú quedas entregada al dolor fiero.

¡Oh, cuánto mejor fuera
el don de hermosura, que del cielo
te vino, a cuyo era
habello dado en velo
de santidad, ajeno al polvo, al suelo!

Mas hora no hay tardía;
¡tanto nos es el cielo piadoso!,
en cuanto dura el día,
el pecho hervoroso
en breve del dolor saca reposo.

Que la gentil señora
de Mágdalo, bien que perdidamente
dañada, en breve hora
con el amor ferviente
las llamas apagó del fuego ardiente;

Las llamas del malvado
amor, con otro amor más encendido;
y consiguió el estado,
que no fue concedido
al huésped arrogante, en bien fingido.

De amor guiada y pena,
penetra el techo extraño, y atrevida,
ofrécese a la ajena
presencia; y, sabia, olvida
el ojo mofador, busca la vida.

Y toda derrocada
a los divinos pies que la traían,
lo que la en sí fiada
gente olvidado habían
sus manos, boca y ojos lo hacían.

Lavaba, larga en lloro,
al que su torpe mal lavando estaba;
limpiaba con el oro
que la cabeza ornaba
a su limpieza, y paz a su paz daba.

Decía: “Sólo amparo
de la miseria extrema, medicina
de mi salud, reparo
de tanto mal, inclina
a aqueste cieno tu piedad divina.

“¡Ay! ¿qué podrá ofrecerte
quien todo lo perdió? Aquestas manos
osadas de ofenderte,
aquestos ojos vanos
te ofrezco, y estos labios tan profanos.

“La que sudó en tu ofensa,
trabaje en tu servicio; y de mis males
proceda mi defensa;
mis ojos, dos mortales

fraguas, dos fuentes sean manantiales.

“Bañen tus pies mis ojos;
límpienlos mis cabellos; de tormento
mi boca y red de enojos,
les dé besos sin cuento:
y lo que me condena te presento.

“Preséntote un sujeto
tan malamente herido, cual conviene,
do un médico perfeto
de cuanto saber tiene
dé muestra, que por siglos mil resuene.”

PROFECÍA DEL TAJO

Folgaba el Rey Rodrigo
con la hermosa Cava en la ribera
del Tajo, sin testigo;
el pecho sacó fuera
el río, y le habló desta manera:

“En mal punto te goces,
injusto forzador, que ya el sonido
y las amargas voces,
y ya siento el bramido
de Marte, de furor y ardor ceñido.

“¡Aquesta tu alegría
qué llantos acarrea! Aquesa hermosa,
que vio el sol en mal día,
al Godo, ¡ay!, cuán llorosa,
al soberano cetro, ¡ay!, cuán costosa.

“Llamas, dolores, guerras,
muertes, asolamientos, fieros males
entre tus brazos cierras,
trabajos inmortales
a ti y a tus vasallos naturales;

“a los que en Constantina
rompen el fértil suelo, a los que baña
el Ebro, a la vecina
Sansueña, a Lusitania,

a toda la espaciosa y triste España.

“Ya dende Cádiz llama
el injuriado Conde, a la venganza
atento y no a la fama,
la bárbara pujanza,
en quien para tu daño no hay tardanza.

“Oye que al cielo toca
con temeroso son la trompa fiera,
que en África convoca
el moro a la bandera,
que, al aire desplegada, va ligera.

“La lanza ya blande
el árabe crüel, y hiere el viento,
llamando a la pelea;
innumerable cuento
de escuadras juntas veo en un momento.

“Cubre la gente el suelo;
debajo de las velas desaparece
la mar; la voz al cielo
confusa, incierta, crece;
el polvo roba el día y le escurece.

“¡Ay!, que ya presurosos
suben las largas naves. ¡Ay!, que tienden
los brazos vigorosos
a los remos, y encienden
las mares espumosas por do hienden.

“El Eolo derecho
hinche la vela en popa, y larga entrada
por el hercúleo Estrecho,
con la punta acerada
el gran padre Neptuno da a la armada.

“¡Ay, triste! ¿Y aun te tiene
el mal dulce regazo? ¿Ni llamado
al mal que sobreviene,
no acorres? ¿Abrazado
con tu calamidad, no ves tu Hado?

“Acude, acorre, vuela,
traspasa la alta sierra, ocupa el llano;

no perdones la espuela,
ni des paz a la mano,
menea fulminando el hierro insano”.

¡Ay!, ¡cuánto de fatiga!
¡Ay!, ¡cuánto de sudor está presente
al que viste loriga,
al infante valiente,
a hombres y a caballos juntamente!

¡Y tú, Betis divino,
de sangre ajena y tuya amancillado,
darás al mar vecino,
cuánto yelmo quebrado,
cuánto cuerpo de nobles destrozado!

El furibundo Marte
cinco luces las haces desordena,
igual a cada parte;
la sexta, ¡ay!, te condena,
¡oh, cara patria!, a bárbara cadena.

NOCHE SERENA

A Don Diego Oloarte

Cuando contemplo el cielo
de innumerables luces adornado,
y miro hacia el suelo
de noche rodeado,
en sueño y en olvido sepultado:

el amor y la pena
despiertan en mi pecho un ansia ardiente;
despiden larga vena
los ojos, hechos fuente,
la lengua dice al fin con voz doliente:

“Morada de grandeza,
templo de claridad y hermosura,
mi alma que a tu alteza
nació, ¿qué desventura
la tiene en esta cárcel, baja, oscura?

“¿Qué mortal desatino
de la verdad aleja así el sentido,
que de tu bien divino
olvidado, perdido,
sigue la vana sombra, el bien fingido?”

“El hombre está entregado
al sueño, de su suerte no cuidando;
y con paso callado
el cielo vueltas dando,
las horas del vivir le va hurtando.

“¡Ay!, despertad, mortales.
Mirad con atención en vuestro daño.
¿Las almas inmortales,
hechas a bien tamaño,
podrán vivir de sombra y sólo engaño?”

“¡Ay!, levantad los ojos
a aquesta celestial eterna esfera;
burlaréis los antojos
de aquesa lisonjera
vida, con cuanto teme y cuanto espera.

“¿Es más que un breve punto
el bajo y torpe suelo, comparado
a aqueste gran trasunto,
do vive mejorado
lo que es, lo que será, lo que ha pasado?”

“Quien mira el gran concierto
de aquestos resplandores eternos,
su movimiento cierto,
sus pasos desiguales,
y en proporción concorde tan iguales;

“la luna cómo mueve
la plateada rueda, y va en pos della
la luz do el saber llueve,
y la graciosa estrella
de Amor le sigue reluciente y bella;

“Y cómo otro camino
prosigue el sanguinoso Marte airado,
y el Júpiter benino,
de bienes mil cercado,

serena el cielo con su rayo amado.

“Rodéase en la cumbre
Saturno, padre de los siglos de oro;
tras dél la muchedumbre
del reluciente coro
su luz va repartiendo y su tesoro”.

¿Quién es el que esto mira,
y precia la bajeza de la tierra,
y no gime, y suspira
por romper lo que encierra
el alma, y destos bienes la destierra?

Aquí vive el contento,
aquí reina la paz; aquí, asentado
en rico y alto asiento,
está el Amor sagrado
de glorias y deleites rodeado.

Inmensa hermosura
aquí se muestra toda, y resplandece
clarísima luz pura,
que jamás anochece;
eterna primavera aquí florece.

¡Oh, campos verdaderos!
¡Oh, prados con verdad frescos y amenos!
¡Riquísimos mineros!
¡Oh, deleitosos senos!
¡Repuestos valles, de mil bienes llenos!

LAS SERENAS

No te engañe el dorado
vaso; ni, de la puesta al bebedero
sabrosa miel, cebado,
dentro el pecho, ligero,
Cherinto, no traspases el postrero

asensio; ten dudosa
la mano liberal; que esa azucena,
esa purpúrea rosa
que el sentido enajena,

tocada, pasa al alma y la envenena.

Retira el pie, que asconde
sierpe mortal el prado, aunque, florido,
los ojos roba; adonde
florece más, metido
el engañoso lazo está, escondido.

Pasó tu primavera;
ya la madura edad te pide el fruto
de gloria verdadera.
¡Ay!, pon del cieno bruto
los pasos en lugar firme y enjuto,

antes que la engañosa
Circe, del corazón apoderada,
con copa ponzoñosa
el alma transformada,
te ajunte, nueva fiera, a su manada.

No es dado al que allí asienta,
si ya el cielo dichoso no le mira,
huir la torpe afrenta;
o arde, oso, en ira,
o, hecho jabalí, gime y suspira.

No fíes en viveza;
atiende al sabio rey Solimitano;
no vale fortaleza;
que al vencedor Gazano
condujo a triste fin femenil mano.

Imita al alto Griego,
que sabio no aplicó la noble entena
al enemigo ruego
de la falsa Serena;
por do por siglos mil su fama suena.

Decía, conmoviendo
el aire en dul son: “La vela inclina,
que del viento huyendo
por los mares camina,
Ulises, de los griegos luz divina:

“Inclina y da reposo
al inmortal cuidado, y entretanto,

conocerás curioso
mil historias que canto;
que todo navegante hace otro tanto.

“Todos de su camino
tuercen a nuestra voz, y satisfecho
con el cantar divino
el deseoso pecho,
a sus tierras se van con más provecho.

“Que todo lo sabemos,
cuanto contiene el suelo, y la reñida
guerra te contaremos
de Troya y su caída,
por Grecia y por los dioses destruida.”

Ansí falsa cantaba
ardiendo en crueldad; mas él, prudente,
el camino atajaba
a la voz en su gente
con la aplicada cera sabiamente.

Si se te presentare,
los ojos sabio cierra; firme atapa
la oreja, si llamare;
si prendiere la capa,
huye; que sólo aquel que huye escapa.

A FELIPE RUIZ

¿Cuándo será que pueda,
libre de esta prisión, volar al cielo,
Felipe, y en la rueda
que huye más del suelo,
contemplar la verdad pura, sin velo?

Allí, a mi vida junto,
en luz resplandeciente convertido,
veré, distinto y junto,
lo que es y lo que ha sido,
y su principio propio y ascondido.

Entonces veré cómo
el divino poder echó el cimiento

tan a nivel y plomo,
do estable, eterno asiento
posee el pesadísimo elemento.

Veré las inmortales
columnas do la tierra está fundada,
las lindes y señales
con que a la mar airada
la Providencia tiene aprisionada;

por qué tiembla la tierra,
por qué las hondas mares se embravecen;
dó sale a mover guerra
el Cierzo, y por qué crecen
las aguas del Océano y descrecen;

de dó manan las fuentes;
quien ceba y quién bastece de los ríos
las perpetuas corrientes;
de los helados fríos
veré las causas, y de los estíos;

las soberanas aguas
del aire en la región quién las sostiene;
de los rayos las fraguas;
dó los tesoros tiene
de nieve Dios, y el trueno de dó viene.

¿No ves, cuando acontece
turbarse el aire todo en el verano?
El día se ennegrece,
sopla el gallego insano,
y sube hasta el cielo el polvo vano;

y entre las nubes mueve
su carro Dios, ligero y reluciente;
horrible son conmueve,
relumbra fuego ardiente,
treme la tierra, humíllase la gente;

la lluvia baña el techo,
envían largos ríos los collados;
su trabajo deshecho,
los campos anegados
miran los labradores espantados.

Y de allí levantado
veré los movimientos celestiales,
así el arrebatado
como los naturales,
las causas de los hados, las señales.

Quién rige las estrellas
veré, y quién las enciende con hermosas
y eficaces centellas;
por qué están las dos Osas,
de bañarse en el mar siempre medrosas.

Veré este fuego eterno,
fuente de vida y luz, dó se mantiene;
y por qué en el invierno
tan presuroso viene,
por qué en las noches largas se detiene.

Veré sin movimiento
en la más alta esfera las moradas
del gozo y del contento,
de oro y luz labradas,
de espíritus dichosos habitadas.

AL LICENCIADO JUAN DE GRIAL

Recoge ya en el seno
el campo su hermosura; el cielo aoja
con luz triste el ameno
verdor, y hoja a hoja
las cimas de los árboles despoja.

Ya Febo inclina el paso
al resplandor egeo; ya del día
las horas corta escaso;
ya Eolo, al mediodía
soplando, espesas nubes nos envía.

Ya el ave vengadora
del Ibico navega los nublados,
y con voz ronca llora;
y, el cuello al yugo atados,
los bueyes van rompiendo los sembrados.

El tiempo nos convida
a los estudios nobles; y la fama,
Grial, a la subida
del sacro monte llama,
do no podrá subir la postrer llama.

Alarga el bien guiado
paso, y la cuesta vence, y, solo, gana
la cumbre del collado;
y do más pura mana
la fuente, satisfaz tu ardiente gana.

No cures si el perdido
error admira el oro, y va sediento
por un nombre fingido;
que no así vuela el viento,
cuanto es fugaz y vano aquel contento.

Escribe lo que Febo
te dicta favorable, que lo antiguo
igual, y vence el nuevo
estilo; y, caro amigo,
no esperes que podré atener contigo;

que yo, de un torbellino
traidor acometido, y derrocado
del medio del camino
al hondo, el plectro amado
y del vuelo las alas he quebrado.

A FELIPE RUIZ

Del moderado y constante

¿Qué vale cuanto vee
do nace y do se pone el sol luciente,
lo que el Indio posee,
lo que nos da el Oriente
con todo lo que afana la vil gente?

El uno, mientras cura
dejar rico descanso a su heredero,
vive en pobreza dura,
y perdona al dinero,

y contra sí se muestra crudo y fiero.

El otro, que sediento
anhela al señorío, sirve ciego;
y por subir su asiento,
abájase a vil ruego,
y de la libertad va haciendo entrego.

[Quien de dos claros ojos,
y de un cabello de oro se enamora,
compra con mil enojos
una menguada hora,
un gozo breve que sin fin se llora.]

Dichoso el que se mide,
Felipe, y de la vida el gozo bueno
a sí solo lo pide,
y mira como ajeno
aquello que no está dentro en su seno.

Si resplandece el día,
si Eolo su reino turba, ensaña,
el rostro no varía;
y si la alta montaña
encima le viniere, no le daña.

Bien como la ñudosa
carrasca, en alto risco desmochada
con hacha poderosa,
del ser despedazada
del hierro, torna roca y esforzada;

querrás hundille, y crece
mayor que de primero; y, si porfía
la lucha, más florece,
y firme, al suelo envía
al que por vencedor ya se tenía.

Exento a todo cuanto
presume la fortuna, sosegado
está y libre de espanto
ante el tirano airado,
de hierro, de crueza y fuego armado.

“El fuego -dice- enciende;
aguza el hierro crudo, rompe y llega,

y, si me hallares, prende,
y da a tu hambre ciega
su cebo deseado, y la sosiega.

“¿Qué estás? ¿No ves el pecho
desnudo, flaco, abierto? ¡Oh, no te cabe
en puño tan estrecho
el corazón que sabe
cerrar cielos y tierra con su llave!

“Ahonda más adentro,
desvuelva las entrañas, el insano
puñal; penetra al centro,
mas es trabajo vano;
jamás me alcanzará tu corta mano.

“Rompiste mi cadena
ardiendo por prenderme; al gran consuelo
subido he por tu pena;
ya, suelto, encumbro el vuelo,
traspaso sobre el aire, huello el cielo”.

A DON PEDRO PORTOCARRERO

(Ausente)

La cana y alta cumbre
de Ilíberi, clarísimo Carrero,
contiene en sí tu lumbre
ya casi un siglo entero,
y mucho en demasía

detiene nuestros gozos y alegría;
los gozos que el deseo
figura ya en tu vuelta y determina:
a do vendrá el Liéo,
y de la Cabalina

fuelle la moradora,
y Apolo con la cítara cantora.
Bien eres generoso
pimpollo de ilustrísimos mayores;
mas esto, aunque glorioso,

son títulos menores,

que tú, por ti venciendo,
a par de las estrellas vas luciendo.
Y juntas en tu pecho
una suma de bienes peregrinos,

por donde con derecho
nos colmas de divinos
gozos con tu presencia,
y de cuidados tristes con tu ausencia.
Porque te ha salteado

en medio de la paz la cruda guerra,
que agora el Marte airado
despierta en la alta sierra,
lanzando rabia y sañas
en las infieles bárbaras entrañas.

Do mete a sangre y fuego
mil pueblos el morisco descreído,
a quien ya perdón ciego
hubimos concedido;
a quien en santo baño

teñimos para nuestro mayor daño:
para que el nombre amigo
-¡ay, piedad crüel!- desconociese
el ánimo enemigo,
y ansí más ofendiese;

mas tal es la fortuna,
que no sabe durar en cosa alguna.
Ansí la luz que agora
serena relucía, con nublados
veréis negra a deshora,

y los vientos alados
amontonando luego
nubes, lluvias, horrores, trueno y fuego.
Mas tú aquí solamente
temes del caro Alfonso, que, inducido

de la virtud ardiente
de pecho no vencido,
por lo más peligroso
se lanza discurriendo vitorioso.
Como en la ardiente arena

el líbico león las cabras sigue,
las haces desordena,
y rompe y las persigue,
armado relumbrando,
la vida por la gloria despreciando.

Testigo es la fragosa
Poqueira, cuando él, solo y traspasado
con flecha ponzoñosa,
sostuvo denodado,
y convirtió en huida

mil banderas de gente descreída.
Mas, sobre todo, cuando
los dientes de la muerte agudos fiero,
apenas declinando,
alzó nueva bandera,

mostró bien claramente
del valor no vencible lo excelente.
Él, pues, relumbre claro
sobre sus claros padres; mas tú, en tanto,
dechado de bien raro,

abraza el ocio santo;
que mucho son mejores
los frutos de la paz, y muy mayores.

CONTRA UN JUEZ AVARO

Aunque en ricos montones
levantes el cautivo, inútil oro,
y aunque tus posesiones
mejores con ajeno daño y lloro;
y aunque, crüel tirano,

oprimas la verdad, y tu avaricia,
cerrada en nombre vano,
convierta en compra y venta la justicia;
y aunque engañes los ojos
del mundo, a quien adoras; no por tanto

no nacerán abrojos

agudos en tu alma; ni el espanto
no velará en tu lecho,
ni huirás la cuita, la agonía
el último despecho,

ni la esperanza buena, en compañía
del gozo, tus umbrales
penetrará jamás; ni la Meguera,
con llamas infernales,
con serpentino azote la alta y fiera

y diestra mano armada,
saldrá de tu aposento sola un hora;
¡ay! ni tendrás clavada
la rueda, aunque más puedas, voladora
del tiempo, hambriento y crudo,

que viene, con la muerte conjurado,
a dejarte desnudo
del oro y cuanto tienes más amado.
Y quedarás sumido
en males no finibles y en olvido.

ESPERANZAS BURLADAS

¡Huid, contentos, de mi triste pecho!
¿Qué engaño os vuelve a do jamás pudistes
tener asiento, ni hacer provecho?
Tened en la memoria cuando fuiste

con público pregón, ¡ay!, desterrados
de toda mi comarca y reinos tristes
A do ya no veréis sino nublados,
y viento y torbellino y lluvia fiera,
suspiros encendidos y cuidados.

No pinta el prado aquí la primavera,
ni nuevo sol jamás las nubes dora,
ni canta el ruiseñor lo que antes era.
La noche aquí se vela; aquí se llora
el día miserable sin consuelo,

y vence al mal de ayer el mal de agora.
Guardad vuestro destierro, que ya el suelo

no puede dar contento al alma mía,
si ya mil vueltas diere andando el cielo.
Guardad vuestro destierro, si alegría,

si gozo y si descanso andáis sembrando;
que aqueste campo abrojos sólo cría.
Guardad vuestro destierro, si tornando
de nuevo no queréis ser castigados
con crudo azote y con infame bando.

Guardad vuestro destierro, que olvidados
de vuestro ser, en mí seréis dolores;
¡tal es la fuerza de mis duros hados!
Los bienes más queridos y mejores
se mudan, y en mi daño se conjuran,

y son por ofenderme a sí traidores.
Mancíllanse mis manos, si se apuran;
la paz y la amistad me es cruda guerra;
la culpa falta, mas las penas duran.
Quien mis cadenas más estrecha y cierra

es la inocencia mía y la pureza;
cuando ella sube, entonces vengo a tierra.
Mudó su ley en mí naturaleza,
y pudo en mi dolor lo que no entiende
ni seso humano ni mayor viveza.

Cuanto desenlazarse más pretende
el pájaro captivo, más se enliga,
y la defensa mía más me ofende.
En mí la ajena culpa se castiga,
y soy del malhechor, ¡ay!, prisionero,

y quieren que de mí la Fama diga.
Dichoso el que jamás ni ley ni fuero,
ni el alto tribunal, ni las ciudades,
ni conoció del mundo el trato fiero;
que por las inocentes soledades

recoge el pobre cuerpo en vil cabaña,
y el ánimo enriquece con verdades.
Cuando la luz el aire y tierras baña,
levanta al puro sol las manos puras,
sin que se las aplomen odio y saña.

Sus noches son sabrosas y seguras,
la mesa le bastece alegremente
el campo, que no rompen rejas duras.
Lo justo le acompaña, y la luciente
verdad, la sencillez con pechos de oro,

la fe no colorada falsamente.
De ricas esperanzas almo coro,
y paz con su descuido le rodean,
y el gozo, cuyos ojos huye el lloro.

Allí, contento, tus moradas sean;
allí te lograrás, y a cada uno
de aquellos que de mi saber desean,
les di que no me viste en tiempo alguno.

A DON PEDRO PORTOCARRERO

No siempre es poderosa,
Carrero, la maldad, ni siempre atina
la envidia ponzoñosa;
y la fuerza sin ley que más se empina,
al fin, la frente inclina;

que quien se opone al cielo,
cuando más alto sube viene al suelo.
Testigo es manifiesto
el parto de la Tierra, mal osado,
que cuando tuvo puesto

un monte encima de otro y levantado,
al hondo derrocado,
sin esperanza gime
debajo su edificio, que le oprime.
Si ya la niebla fría

al rayo que amanece odiosa ofende,
y contra el claro día
las alas escurísimas extiende,
no alcanza lo que emprende,
al fin y desaparece,

y el sol puro en el cielo resplandece.
No pudo ser vencida,

ni lo será jamás, ni la llaneza,
ni la inocente vida,
ni la fe sin error, ni la pureza,

por más que la fiereza
del tigre ciña un lado,
y el otro el basilisco emponzoñado.
Por más que se conjuren
el odio y el poder y el falso engaño,

y ciegos de ira apuren
lo propio y lo diverso, ajeno, extraño,
jamás le harán daño;
antes, cual fino oro,
recobra del crisol nuevo tesoro.

El ánimo constante,
armado de verdad, mil aceradas,
mil puntas de diamante
embota y enflaquece; y, desplegadas
las fuerzas encerradas,

sobre el opuesto bando
con poderoso pie se ensalza hollando.
Y con cien voces suena
la Fama, que a la sierpe, al tigre fiero,
vencidos, los condena

[...]
al daño no jamás perecedero;
y, con vuelo ligero,
veniendo la Victoria,
corona al vencedor de gozo y gloria.

DESCANSO DESPUÉS DE LA TEMPESTAD

¡Oh ya seguro puerto
de mi tan luengo error! ¡Oh deseado
para reparo cierto
del grave mal pasado,
reposo dulce, alegre, descansado!

Techo pajizo, adonde
jamás hizo morada el enemigo

cuidado, ni se asconde
envidia en rostro amigo,
ni voz perjura ni mortal testigo.

Sierra, que vas al cielo,
altísima, y que gozas del sosiego
que no conoce el suelo,
adonde el vulgo ciego
ama el morir ardiendo en vivo fuego;

recíbeme en tu cumbre,
recíbeme, que huyo perseguido
la errada muchedumbre,
el trabajo perdido,
la falsa paz, el mal no merecido;

y do está más sereno
el aire me coloca, mientras curo
los daños del veneno
que bebí mal seguro,
mientras el mancillado pecho apuro;

mientras que poco a poco
borro de la memoria cuanto impreso
dejó allí el vivir loco,
por todo su proceso
vario entre gozo vano y caso avieso.

En ti, casi desnudo
deste corporal velo, y de la asida
costumbre roto el ñudo,
traspasaré la vida
en gozo, en paz, en luz no corrompida.

De ti en el mar sujeto,
con lástima, los ojos inclinando,
contemplaré el aprieto
del miserable bando,
que las saladas olas va cortando,

El uno, que surgía
alegre ya en el puerto, salteado
de bravo soplo, guía,
en alta mar lanzado,
apenas el navío desarmado.

El otro, en la encubierta
peña rompe la nave, que al momento
el hondo pide abierta;
al otro calma el viento;
otro en las bajas sirtes hace asiento;

a otros roba el claro
día y el corazón el aguacero,
[y] ofrecen al avaro
Neptuno su dinero;
otro, nadando, huye el morir fiero.

Esfuerza, opone el pecho;
mas, ¿cómo será parte un afligido
que va, el leño deshecho,
de flaca tabla asido,
contra un abismo inmenso embravecido?

¡Ay, otra vez, y ciento
otras, seguro puerto deseado!
No me falte tu asiento,
y falte cuanto amado,
cuanto del ciego error es cudiciado.

MORADA DEL CIELO

Alma región luciente,
prado de bienandanza, que ni al hielo
ni con el rayo ardiente
fallece: fértil suelo,
producidor eterno de consuelo.

De púrpura y de nieve,
florida, la cabeza coronado,
a dulces pastos mueve
sin honda ni cayado,
el buen Pastor en ti su hato amado.

Él va, y en pos dichosas
le siguen sus ovejas, do las pace
con inmortales rosas,
con flor que siempre nace,
y cuanto más se goza más renace.

Ya dentro a la montaña
del alto bien las guía; ya en la vena
del gozo fiel las baña,
y les da mesa llena,
pastor y pasto él solo y suerte buena.

Y de su esfera, cuando
la cumbre toca altísimo subido
el sol, él sesteando,
de su ható ceñido,
con dulce son deleita el santo oído.

Toca el rabel sonoro,
y el inmortal dulzor al alma pasa,
con que envilece el oro,
y ardiendo se traspasa,
y lanza en aquel bien libre de tasa.

¡Oh son! ¡Oh voz! ¡Siquiera
pequeña parte alguna decendiese
en mi sentido, y fuera
de sí la alma pusiese
y toda en ti, oh Amor, la convirtiese!

Conocería dónde
sesteas, dulce Esposo; y desatada
desta prisión, adonde
padece, a tu manada
junta, no ya andará perdida, errada.

EN LA ASCENSIÓN

¿Y dejas, Pastor santo,
tu grey en este valle hondo, oscuro,
con soledad y llanto;
y tú, rompiendo el puro
aire, te vas al inmortal seguro?

Los antes bienhadados,
y los agora tristes y afligidos,
a tus pechos criados,
de Ti desposeídos,
¿a dó convertirán ya sus sentidos?

¿Que mirarán los ojos
que vieron de tu rostro la hermosura,
que no les sea enojos?
Quien oyó tu dulzura,
¿qué no tendrá por sordo y desventura?

Aqueste mar turbado,
¿quién le pondrá ya freno? ¿Quién concierto
al viento fiero, airado?
Estando tú encubierto,
¿qué norte guiará la nave al puerto?

¡Ay! nube, envidiosa
aun deste breve gozo. ¿Qué te aquejas?
¿Dó vuelas presurosa?
¡Cuán rica tú te alejas!
¡Cuán pobres y cuán ciegos, ¡ay!, nos dejas!

EN LA FIESTA DE TODOS LOS SANTOS

¿Qué santo o qué gloriosa
virtud; que deidad que el cielo admira,
¡oh Musa poderosa!,
en la cristiana lira
diremos, entre tanto que retira

el sol con presto vuelo
el rayo fugitivo, en este día,
que hace alarde el cielo
de su caballería?
¿Qué nombre entre estas breñas a porfía

repetirá sonando
la imagen de la voz, en la manera,
el aire deleitando,
que el Efrateo hiciera
del sacro y fresco Hermón por la ladera?

A do ceñido el oro
crespo de verde hiedra, la montaña
condujo con sonoro
laúd; con fuerza y maña
del oso y del león domó la saña.

Pues ¿quién diré primero
que el Alto y que el Humilde, que la vida
por el manjar grosero
restituyó perdida,
que al cielo levantó nuestra caída?

Igual al Padre Eterno,
igual al que en la tierra nace y mora,
de quien tiembla el infierno,
a quien el sol adora,
en quien todo el ser vive y se mejora.

Tras dél el vientre entero,
la Madre desta luz será cantada,
clarísimo lucero
en esta mar turbada,
del linaje humanal fiel abogada.

Espíritu divino,
no callaré tu voz, tu pecho opuesto
contra el dragón malino;
ni tú, en olvido puesto,
que a defender mi vida estás dispuesto.

Osado en la promesa,
Barquero de la barca no sumida,
a ti mi voz profesa;
y a ti, que la lucida
noche te traspasó de muerte a vida.

¿Quién no dirá tu lloro,
tu bien trocado amor, ¡oh Magdalena!;
de tu nardo el tesoro,
de cuyo olor la ajena
casa, la redondez del mundo, es llena?

Del Nilo moradora,
tierna flor de saber y de pureza,
de ti yo canto agora,
que de la santa alteza
de Arabia esparce luz tu fortaleza.

¿Diré el rayo Africano?
¿Diré el Estridonés, sabio, elocuente?
¿O del panal Romano,
o del que justamente

nombraron Boca de oro entre la gente?

Columna ardiente en fuego,
el firme y gran Basilio al cielo toca,
mayor que el miedo y ruego;
y ante su rica boca
la lengua de Demóstenes se apoca.

Cual árbol con los años
la gloria de Francisco sube y crece;
y entre los ermitaños,
el claro Antón parece
luna, que en las estrellas resplandece.

¡Ay, Padre! ¿Y dó se ha ido
aquel raro valor? ¡Ay!, ¿qué malvado
el oro ha destruido
de tu templo sagrado?
¿Quién zizañó tan mal tu buen sembrado?

Adonde la azucena
lucía y el clavel, do el rojo trigo,
reina agora la avena,
la grama, el enemigo
cardo, la sinrazón, el falso amigo.

Convierte piadoso
tus ojos, y nos mira; y con tu mano
arranca poderoso
lo malo y lo tirano,
y planta aquello antiguo, santo y llano.

Da paz a aqueste pecho
que hierve con dolor en noche oscura;
que, fuera deste estrecho,
diré con más dulzura
tu nombre, tu grandeza y hermosura.

No niego, dulce amparo
del alma, que mis males son mayores
que aqueste desamparo;
mas cuanto son peores
tanto resonarán más tus loores.

A SANTIAGO

Las selvas conmoviera,
las fieras alimañas, como Orfeo,
si ya mi canto fuera
igual a mi deseo,
cantando el nombre santo Zebedeo.

Y fueran sus hazañas
por mí con voz eterna celebradas,
por quien son las Españas
del yugo desatadas,
del bárbaro furor y libertadas.

Y aquella nao dichosa,
de el cielo esclarecer merecedora,
que joya tan preciosa
nos trajo, fuera agora
cantada del que en Cítia y Cairo mora.

Osa el crüel tirano
ensangrentar en ti su injusta espada:
no fue consejo humano;
estábate ordenada
la primera corona y consagrada.

Asaz de bien cumpliste
lo que por ti fue a Cristo prometido;
de su cáliz bebiste,
apenas que subido
le viste al cielo, ya de ti partido.

No sufre larga ausencia,
no sufre, no, el amor que es verdadero;
la muerte y su inclemencia
tiene por muy ligero
medio, por ver al dulce compañero.

¡Oh, viva fe constante!
¡Oh, verdadero pecho, amor crecido!
Un punto de su amante
no vive dividido;
síguele por los pasos que había ido.

Cual suele el fiel sirviente,
si en el camino su amo le ha dejado,

que haciendo prestamente
lo que le fue mandado
torna buscando al amo ya alejado;

ansí, en un momento
del mar Egeo al mar Atlante vuela,
do puesto el fundamento
de la cristiana escuela,
torna buscando a Cristo a remo y vela.

Allí por la maldita
mano el sagrado cuello fue cortado.
¡Camina en paz, bendita
alma, que ya has llegado
al término por ti tan deseado!

A España, a quien amaste
-que siempre al buen principio el fin responde-
tu cuerpo le inviaste
para dar luz a donde
el sol su resplandor cubre y asconde.

Por las tendidas mares
la rica navecilla va cortando:
Nereidas a millares,
del agua el pecho alzando,
turbadas entre sí vanla mirando.

Y dellas hubo alguna
que, con las manos de la nave asida,
la aguja con la una,
y con la otra tendida,
a las demás que alleguen las convida.

Ya pasa del Egeo;
ya vuela por el Jonio, atrás ya deja
el puerto Lilibeo;
de Córcega se aleja,
y por llegar a nuestro mar se aqueja.

Esfuerza, viento, esfuerza;
hinche la santa vela, hiere en popa;
el curso haz que no tuerza,
do Abila casi topa
con Calpe, hasta llegar al fin de Europa.

Y tú, España, segura
del mal y cautiverio que te espera,
con fe y voluntad pura
acude a la ribera
a recibir tu guarda verdadera.

Que tiempo será cuando,
de innumerables huestes rodeada,
del cetro real y mando
te verás derrocada;
en sangre, en llanto y en dolor bañada.

De hacia el Mediodía
oye que ya la voz amarga suena;
la mar de Berbería
de flotas veo llena,
hierve la costa en gente, en sol la arena.

Con voluntad conforme
las proas contra ti se dan al viento;
y con clamor disforme
de pavoroso acento
avivan del remar el movimiento.

Y la infernal Meguera,
la frente de culebras rodeada,
guía la delantera
de la morisca armada,
de llamas, de furor, de muerte armada.

Cielos, so cuyo amparo
España está; ¡merced en tanta afrenta!
Si ya este suelo caro
os fue, nunca consienta
vuestra piedad que mal tan crudo sienta.

Mas, ¡ay!, que la sentencia
en tablas de diamante está esculpida.
Del Godo la potencia
por el suelo caída,
España en breve tiempo es destruida.

¿Qué río caudaloso,
que los opuestos muelles ha rompido
con sonido espantoso,
por los campos tendido,

tan presto y tan feroz, jamás se vido?

Mas cese el triste llanto;
recobre el Español su bravo pecho,
que ya el Apóstol santo,
un otro Marte hecho,
del cielo viene a dalle su derecho.

Vesle de limpio acero
cercado, y con espada relumbrante;
como un rayo ligero,
cuanto le va delante
destroza y desbarata en un instante.

Del grave espanto herido,
los rayos de su vista no sostiene
el Moro descreído;
por valiente se tiene
cualquier que para huir ánimo tiene.

Como león hambriento,
sigue, teñida en sangre espada y mano,
de más sangre sediento,
al Moro, que huye en vano;
de muertos deja lleno el monte, el llano.

¡Huye! si puedes tanto,
¡huye! Mas por demás, que no hay huida;
bebe dolor y llanto
por la misma medida
con que ti ya España fue medida.

¡Oh gloria! ¡Oh gran prez nuestra!
¡Escudo fiel! ¡Oh, celestial guerrero!,
vencido ya se muestra
el Africano fiero
por ti, tan orgulloso de primero.

Por ti del vituperio,
por ti de la afrentosa servidumbre
y duro cautiverio
libres, en clara lumbre
y de la gloria estamos en la cumbre.

Siempre venció tu espada;
o fuese de tu mano poderosa,

o fuese meneada
de aquella generosa,
que sigue tu milicia victoriosa.

Las enemigas haces
no sufren de tu nombre el apellido;
con sólo aquesto haces
que el español oído
sea, y de un polo a otro tan temido.

De tu virtud divina
la fama que resuena en toda parte,
siquiera sea vecina,
siquiera más se aparte,
a las gentes conduce a visitarte.

El áspero camino
vence con devoción, y al fin te adora
el franco, el peregrino
que Libia descolora,
el que en Poniente, el que en Levante mora.

A NUESTRA SEÑORA

Virgen que el sol más pura,
gloria de los mortales, luz del cielo,
en quien la piedad es cual alteza;
los ojos vuelve al suelo,
y mira un miserable en cárcel dura,

cercado de tinieblas y tristeza
y si mayor bajeza
no conoce, ni igual, juicio humano
que el estado en que estoy por culpa ajena;
con poderosa mano

quiebra, Reina del cielo, esta cadena.
Virgen, en cuyo seno
halló la Deidad digno reposo,
do fue el rigor en dulce amor trocado;
si blando al riguroso

volviste, bien podrás volver sereno
un corazón de nubes rodeado.

Descubre el deseado
rostro, que admira el cielo, el suelo adora:
las nubes huírán, lucirá el día;

tu luz, alta Señora,
venza esta ciega y triste noche mía.
Virgen y Madre junto,
de tu Hacedor dichosa engendrada,
a cuyos pechos floreció la vida;

mira cómo empeora
y crece mi dolor más cada punto.
El odio cunde, la amistad se olvida;
si no es de ti válida
la justicia y verdad, que tú engendraste,

¿adónde hallarán seguro amparo?
Y pues Madre eres, baste
para contigo el ver mi desamparo.
Virgen del sol vestida,
de luces eternas coronada,

que huellas con divinos pies la luna;
envidia emponzoñada,
engaño agudo, lengua fementida,
odio crüel, poder sin ley ninguna
me hacen guerra a una;

pues contra un tal ejército maldito,
¿cuál pobre y desarmado será parte,
si tu nombre bendito,
María, no se muestra por mi parte?
Virgen, por quien vencida

llora su perdición la sierpe fiera,
su daño eterno, su burlado intento;
miran de la ribera
seguras muchas gentes mi caída,
el agua violenta, el flaco aliento;

los unos con contento,
los otros con espanto, el más piadoso
con lástima la inútil voz fatiga.
Yo, puesto en ti el lloroso
rostro, cortando voy la onda enemiga.

Virgen, del Padre Esposa,
dulce Madre del Hijo, templo santo
del inmortal Amor, del hombre escudo;
no veo sino espanto.
Si miro la morada, es peligrosa;

si la salida, incierta; el favor, mudo;
el enemigo, crudo;
desnuda la verdad; muy proveída
de valedores y armas la mentira.
La miserable vida

sólo cuando me vuelvo a ti respira.
Virgen, que al alto ruego
no más humilde sí diste que honesto,
en quien los cielos contemplar desean;
como terrero puesto,

los brazos presos, de los ojos ciego,
a cien flechas estoy que me rodean,
que en herirme se emplean.
Siento el dolor, mas no veo la mano,
ni puedo huir ni me es dado escudarme.

¡Quiera tu soberano
Hijo, Madre de amor, por ti librarme!
Virgen, lucero amado,
en mar tempestuosa clara guía,
a cuyo santo rayo calla el viento;

mil olas a porfía
hunden en el abismo un desarmado
leño de vela y remo, que sin tiento
el húmido elemento
corre; la noche carga, el aire truena;

ya por el suelo va, ya el cielo toca;
gime la rota antena.
¡Socorre, antes que embista en cruda roca!
Virgen, no inficionada
de la común mancilla y mal primero,

que al humano linaje contamina;
bien sabes que en ti espero
dende mi tierna edad; y si malvada
fuerza que me venció, ha hecho indina

de tu guarda divina

mi vida pecadora, tu clemencia
tanto mostrará más su bien crecido,
cuanto es más la dolencia,
y yo merezco menos ser valido.
Virgen, el dolor fiero

añuda ya la lengua, y no consiente
que publique la voz cuanto desea.
Mas oye tú al doliente
ánimo, que contino a ti vocea.

AL SALIR DE LA CÁRCEL

Aquí la envidia y mentira
me tuvieron encerrado.
Dichoso el humilde estado
del sabio que se retira
de aqueste mundo malvado,

y con pobre mesa y casa,
en el campo deleitoso,
con sólo Dios se compasa,
y a solas su vida pasa
ni envidiado ni envidioso.

IMITACIÓN DEL PETRARCA

Mi trabajoso día
un poco ya a la tarde se inclinaba,
y, libre ya del grave ardor pasado,
las fuerzas recogía,
cuando, sin entender quién me llevaba
a la entrada me hallé de un verde prado,
de flores mil sembrado,
obra do se extremó naturaleza.

El suave olor, la no vista belleza
me convidó a poner allí mi asiento.
¡Ay, triste!, que al momento
la flor quedó marchita

y mi gozo tornó en pena infinita.

De labor peregrina
una casa real vi, cual labrada
ninguna fue jamás por sabio moro:
el muro, plata fina,
de perlas y rubís era la entrada;
la torre de marfil, el techo de oro;

riquísimo tesoro
por las claras ventanas descubría,
y dentro una dulcísima armonía
sonaba, que me puso en esperanza
de eterna bienandanza.
Entré, que no debiera;
hallé por paraíso cárcel fiera.

Cercada de frescura,
más clara que el cristal hallé una fuente
en un lugar secreto y deleitoso;
de entre una peña dura
nacía, y murmurando dulcemente
con su correr hacía el campo hermoso.

Yo, todo deseoso,
lancéme por beber, ¡ay, triste y ciego!
¡Bebí por agua fresca ardiente fuego!
Y, por mayor dolor, el cristalino
curso mudó el camino;
que es causa que muriendo
agora viva en sed y pena ardiendo.

De blanco y colorado
una paloma y de oro matizada,
la más bella y más blanda que se vido,
se vino mansa al lado,
cual una de las dos por quien guiada
la rueda es de quien reina en Pafo, en Gnido.

¡Ay! Yo, de amor vencido,
en el seno la puse, que al instante
el pico en mí lanzó, crüel, tajante,
y me robó del pecho el alma y vida;
y luego, convertida
en águila, alzó el vuelo;
quedé merced pidiendo yo en el suelo.

Al fin vi una doncella
con semblante real de gracia lleno,
de amor rico tesoro y de hermosura;
puesto delante della,
humilde le ofrecía, abierto el seno,
mi corazón y vida con fe pura.
¡Ay, cuán poco el bien dura!

Alegre lo tomó, y dejó bañada
mi alma de dulzor. Mas luego, airada,
de mí se retiró por tal manera,
como si no tuviera
en su poder mi suerte.

¡Ay dura vida! ¡Ay perezosa muerte!
Canción, estas visiones
causan en mí encendida
ansia de fenecer tan triste vida.

DE JOAN DE LA CASSA

[Dejo de las cosas]

Ardí, y no solamente la verdura
deste mi breve año, Amor, te he dado,
mas del maduro otoño una gran parte.
Pedía libertad, y hasme apretado
como a preso que huye, con más dura
cadena, y no me vale ruego ni arte.

¡Ay triste! ¿Habrà en el mundo alguna parte
segura, en cueva, en monte, en la mar honda,
abismo a do me asconda,
y libre deste mal que tanto temo;
siquiera de mi vida en el extremo?

Con razón temo tu poder crecido:
que el corazón mil veces me has abierto,
sin hallar contra ti defensa en nada,
mas de con voz humilde y color muerto
confesarme a la clara por vencido.

Cualque región desierta y apartada

buscar quisiera agora, que gastada
la fuerza siento y el cabello cano,
por huir de tu mano,
que entre el fuerte escuadrón que tu bandera
sigue, un soldado flaco, ¿qué honra espera?

Mas ¡ay triste! ¿Dó iré, que por doquiera,
o por la húmeda mar o seca arena
tomado tiene el paso Amor, primero?
Doquiera el fuego luce, el arco suena,
y veo contra mí la punta fiera,
de cuyo golpe guarecer no espero;
que el blanco es cierto, el tirador certero.

Mas ¿qué sirve si el tiempo ha ya secado
mi vigor, y agostado
como yerba, que al sol su fuerza pierde,
y sólo en mí el deseo queda verde?

Tiempo fue, cuando osé de amor vencido,
delante alguna bella y desdeñosa
presentar mis querellas y tormento;
hallé una voluntad blanda, amorosa,
debajo del desdén, y convertido
mi dolor y mi pena fue en contento.

Mas ¿quién oirá de hoy más mi triste acento?
¿Quién no condenará una edad cansada,
de nuevo enamorada?
La voz está ya ronca, y los sentidos,
como culebra al hielo, entorpecidos.

Tórname aquel vigor que el tiempo avaro
robó veloz, y torna la viveza
que me alentaba, y tiñe este cabello
cual fue primero, porque en la corteza
el mal secreto no se muestre claro.

Y, si soy tuyo, haz que pueda sello,
que no huyo la guerra, antes en ello
el no poder me duele. Mas mi suerte
si no es ya para el fuerte
oficio tuyo, libertad te pido,
yo viviré, serás tú bien servido.

El invierno y las nieves de mi vida

sólo te quito, Amor, y aqueste hielo
de tus llamas y ardor tan diferente.
No te debe pesar, si el débil vuelo
convierto a mejor nido, pues seguida
ha sido ya de mí tan luengamente
tu vida amarga y dulce juntamente;
que justo es ya que sea libertado
un esclavo cansado
siquiera a la vejez, y así es costumbre,
donde se usa nobleza y mansedumbre.

Mas pues amor ningún consejo quiere,
síguele adonde fuere,
breve Canción, y ante mi bien presenta
el contino dolor que me atormenta.

ORACIÓN

¡Señor! Aquel amor por quien forzado
muriendo de mi mal hiciste enmienda,
nos libre de tu ira, y nos defienda.

Mira, Padre amoroso,
cuánto es tenaz esta mundana liga,
y cómo el engañoso
contrario con mil lazos nos obliga,
y el dulce con que cubre su enemiga;
por donde, si acontece que nos prenda,
tu blanda piedad a esto atienda.

¿Quién hay que no confiese,
Señor, que son sin fin nuestras maldades?
Mas si culpa no hubiese,
¿a dó demostrarías tus piedades?,
¿en quién relucirían tus bondades?
Las cuales, por que el hombre las entienda,
no tomes a despecho que te ofenda.

Tú, Padre, nos lanzaste
en este mar, y tú nos saca a puerto;
y si ya nos amaste,
cuando el suelo te tuvo vivo y muerto,
ámanos también hora, y nuestro tuerto
a tu dulce perdón no ponga rienda,

mas siempre más copioso en nos descienda.

IMITACIÓN DE DIVERSOS

Vuestra tirana exención,
y ese vuestro cuello erguido
estoy cierto que Cupido
pondrá en dura sujeción.

Vivid esquivada y exenta,
que, a mi cuenta,
vos serviréis al amor,
cuando de vuestro dolor
ninguno quiera hacer cuenta.

Cuando la dorada cumbre
fuere de nieve esparcida,
y las dos luces de vida
recogieren ya su lumbre;

cuando la ruga enojosa
en la hermosa
frente y cara se mostrare,
y el tiempo, que vuela, helare
esa fresca y linda rosa;

cuando os viéredes perdida,
os perderéis por querer,
sentiréis que es padecer
querer y no ser querida.

Diréis con dolor, señora,
cada hora:
“¡Quién tuviera, ¡ay!, sin ventura,
o agora aquella hermosura,
o antes el amor de agora!”

A mil gentes, que agraviadas
tenéis con vuestra porfía,
dejaréis en aquel día
alegres y bien vengadas;
y por mil partes volando,
publicando
el Amor irá este cuento,

para aviso y escarmiento
de quien no sigue su bando.

¡Ay!, por Dios, señora bella,
mirad por vos, mientras dura
esa flor, graciosa y pura,
que el no gozalla es perdella;

y pues no menos discreta
y perfeta
sois que bella y desdeñosa,
mirad que ninguna cosa
hay que a Amor no esté sujeta.

El amor gobierna el cielo
con ley dulce eternamente,
y ¿pensáis vos ser valiente
contra él acá en el suelo?

Da movimiento y viveza
a belleza
el amor, y es dulce vida;
y la suerte más válida,
sin él es pobre tristeza.

¿Qué vale el beber en oro,
el vestir seda y brocado,
el techo rico labrado,
y los montes del tesoro?

¿Y qué vale, si a derecho
os da pecho
el mundo todo y adora,
si, a la fin, dormís, señora,
en el solo y frío lecho?

IMITACIÓN DE LA ODA IX DE HORACIO:

“Non Semper”

No siempre descendiendo
la lluvia de las nubes baña el suelo;
ni siempre está cubriendo
la tierra el torpe hielo;

ni está la mar salada
siempre con tempestades alterada.

Ni en la áspera montaña
los vientos de continuo, haciendo guerra
ejecutan su saña;
ni siempre en la alta sierra,
desnuda la arboleda,
sin hoja, Nise, y sin verdor se queda.

Mas tú continamente
insistes en llorar a tu robada
madre, con voz doliente;
y ni la luz dorada
del sol, cuando amanece,
mitiga tu dolor, ni si anochece.

Pues no lloró al querido
Antíloco sin fin el padre anciano,
que tres edades vido;
ni siempre en el troyano
suelo fue lamentado
el príncipe Troilo, en flor cortado.

Da fin a tus querellas;
y, vuelta al dulce canto que solías,
o canta mis centellas,
o tus duras porfías,
que convierten en ríos
los siempre lagrimosos ojos míos.

Di cómo me robaste
de en medio el tierno pecho, el alma y vida;
di, cómo me dejaste,
nunca de mí ofendida:
y cómo tu de ingrata
te precias, y de amar yo a quien me mata.

Y cómo, aunque fallece
en mí ya la esperanza y alegría,
la fe viviendo crece
más firme cada día;
y siendo el agraviado,
perdón ante tus pies pido humillado.

IMITACIÓN DE LA ODA XII, Lib. II de Horacio

“Nolis”

Al canto y lira mía
no dicen las escuadras, las francesas
banderas en Pavía
captivas; ni las armas cordobesas;
ni el Nuevo Mundo hallado,
ni el mar con turca sangre hora bañado.

Al son de trompa clara,
y con heroico verso, a ti conviene,
Grial, cantar la rara
virtud del de Vivar, que par no tiene;
o con más libre pluma
hacer de nuestros hechos rica suma.

Mi musa no se emplee
más de en la ilustre Nise, en su hermosura
que el sol igual no vee;
en la luz del mirar, y en la dulzura
de voz que cuando suena
alivia de dolor el alma y pena.

¿Por dicha habrá tesoro
que a su rico cabello se compare,
aunque se junte el oro
que el indiano suelo engendra y pare,
y cuanta pedrería

Ormuz a Portugal y Persia envía?
Pues ¿qué sentido os deja?
¿Qué libertad no roba cuando inclina
al beso, o, falsa, aleja
la boca hermosísima, y se indina
amando el ser forzada,
y a veces ella os besa, no rogada?

SONETOS

Amor casi de un vuelo me ha encumbrado
adonde no llegó ni el pensamiento;
mas toda esta grandeza de contento
me turba y entristece este cuidado;

Que temo que no venga derrocado
al suelo por faltarle fundamento;
que en lo que breve sube en alto asiento,
suele desfallecer apresurado.

Mas luego me consuela y asegura
el ver que soy, señora, ilustre obra 10
de vuestra sola gracia, y que en vos ffo.

Porque conservaréis vuestra hechura,
mis faltas supliréis con vuestra sobra,
y vuestro bien hará durable el mío.

2

Alargo, enfermo, el paso; y vuelvo, cuanto,
alargo el paso, atrás el pensamiento;
no vuelvo, que antes siempre miro atento
la causa de mi gozo y de mi llanto.

Allí estoy firme y quedo; mas en tanto,
llevado del contrario movimiento,
cual hace el extendido en el tormento,
padezco fiero mal, fiero quebranto.

En partes, pues, diversas dividida
el alma, por huir tan cruda pena,
quisiera dar ya al suelo estos despojos.

Gime, suspira y llora, desvalida;
y en medio del llorar sólo esto suena:
“¿Cuándo volveré, Nise, a ver tus ojos?”

3

Agora con la aurora se levanta
mi Luz; agora coge en rico ñudo
el hermoso cabello; agora, el crudo
pecho ciñe con oro, y la garganta.

Agora, vuelta al cielo, pura y santa,
las manos y ojos bellos alza, y pudo
dolerse agora de mi mal agudo;
agora incomparable tañe y canta.

Ansí digo: y del dulce error llevado
presente ante mis ojos la imagino,
y lleno de humildad y amor la adoro.

Mas luego vuelve en sí el engañado
ánimo, y conociendo el desatino,
la rienda suelta largamente al lloro.

4

¡Oh cortesía! ¡Oh dulce encogimiento!
¡Oh celestial saber! ¡Oh gracia pura!
¡Oh, de valor dotado y de dulzura,
pecho real, honesto pensamiento!

¡Oh luces, del Amor querido asiento!
¡Oh boca, donde vive la hermosura!
¡Oh habla süavísima! ¡Oh figura
angelical! ¡Oh mano! ¡Oh sabio acento!

Quien tiene en solo vos atesorado
su gozo, y vida alegre, y su consuelo,
su bienaventurada y rica suerte:

Cuando de vos se viene desterrado,
¡ay!, ¿qué le quedará sino recelo,
y noche, y amargor, y llanto, y muerte?

5

Después que no descubren su lucero,
mis ojos lagrimosos noche y día,
llevado del error, sin vela y guía,
navego por un mar amargo y fiero.

El deseo, la ausencia, el carnicero
recelo, y de la ciega fantasía
las olas más furiosas, a porfía,

me llegan al peligro postrimero.

Aquí una voz me dice cobra aliento,
señora, con la fe que me habéis dado,
y en mil y mil maneras repetido.

Mas ¿cuánto desto allá ha llevado el viento?
respondo. Y a las olas entregado
el Puerto desespere, el hondo pido.

6

A la Magdalena

Las manos que la muerte a tantos dieron
veslas en tu servicio diligentes;
mis ojos tus pies bañen hechos fuentes,
que de mortal Amor dos fraguas fueron.

Límpiente mis cabellos, que truxeron
de sí colgadas infinitas gentes;
mira a tus pies rendidas y obedientes
las gracias a quien tantos se rindieron.

Los pechos más que piedra endurecidos
vencí, ¿y no venceré tu gran clemencia?,
decía al buen Jesús la Magdalena.

¡Oh misterios del cielo nunca oídos!
Que da salud lo que antes dio dolencia,
y absuelve Amor a la que Amor condena.

A LA ASCENSIÓN DE XTO

(Redacción primera)

¡Y dejas, Pastor santo,
tu grey en este valle, hondo, oscuro,
en soledad y llanto!
Y tú, rompiendo el puro
aire, ¿te vas al inmortal seguro?

Los antes bienhadados,

y los agora tristes y afligidos,
a tus pechos criados,
de Ti desposeídos,
¿a dó convertirán ya sus sentidos?

¿Qué mirarán los ojos
que vieron de ese rostro la hermosura,
que no les sea enojos?
Quien oyó tu dulzura,
¿qué no tendrá por sordo y desventura?

A aqueste mar turbado,
¿quién le pondrá ya freno? ¿Quién concierto
al viento levantado?
Estando tú cubierto,
¿qué norte guiará la nave al puerto?

¡Ay nube, envidiosa
aun de este breve gozo! ¿Qué te aquejas?
¿dó vuelas presurosa?
¡Cuán rica tú te alejas!
¡Cuán pobres y cuán tristes, ¡ay!, nos dejas!

Tú llevas el tesoro
que sólo a nuestra vida enriquecía,
que desterraba el lloro,
que nos resplandecía
mil veces más que el puro y claro día.

¿Qué lazo de diamante,
¡ay, alma!, te detiene y encadena
a no seguir tu amante?
¡Ay, rompe y sal de pena!
Colócate ya libre en luz serena.

¿Qué temes la salida?
¿Podrá el terreno amor más que la ausencia
de tu querer y vida?
Sin cuerpo, no es violencia
vivir; mas lo es sin Cristo y su presencia.

Dulce Señor y Amigo,
dulce Padre y Hermano, dulce Esposo;
en pos de Ti yo sigo,
o puesto en tenebroso
o puesto en lugar claro y glorioso.

LETRA

*Señora, vuestros cabellos
de oro son,
y de acero el corazón.*

GLOSA

Mirábase Dios a sí
cuando os hizo tan hermosa,
porque en el mundo no hay cosa
que pueda pasar de allí,
si no es con ser envidiosa.

Tales bienes puso en vos,
que se entiende bien por ellos
sola merecer tenellos,
y que los compuso Dios,
Señora, vuestros cabellos.

Poniendo Él en vos sus ojos
hizo los vuestros tan claros,
que al sol quiso compararos,
suelos los cabellos rojos,
porque no puedan miraros.

Sus claros rayos, si os miro,
traspasan el corazón,
y dícame la afición:
No huyas, necio, este tiro:
De oro son.

Mas, ¡ay!, que si vuelvo a ver
el rostro y la hermosura
que jamás se vio en criatura,
entre el osar y el temer
me ataja veros tan dura.

¿Por qué os hizo tan constante
quien os dio tal perfección,
y en no sentir mi pasión
os dio el pecho de diamante,
y de acero el corazón?

VOTO

¡Oh, qué lleno ha de estar de Dios mi pecho,
y cómo debe arder en vivo fuego
de un Dios por nuestro amor todo amor hecho,
en tanto que mi mente expone luego
el Cántico divino, que inspirado
fue otrora a Salomón vate sagrado!

Y tú, Virgen excelsa, toda amada
de Aquel que rige el cielo omnipotente,
de cuyo seno, siendo inmaculada,
nacer quiso el Amor, tierno y clemente:
dame sentidos rectos, dame ardientes
afectos y palabras convenientes.

Que si lograre al fin salir con gloria
de empresa tan difícil y enojosa,
yo cantaré mi dicha y tu victoria
con lira agradecida y jubilosa,
que enlace por los siglos tus favores
y siempre los recuerden mis loores.

CARMEN EX VOTO

A Nuestra Señora [al salir de la cárcel],
(por el Maestro F. Luis de León.
Versión libre de F. Maldonado de Guevara.)

Tu amparo, oh Virgen pura,
lleva mi nave al puerto deseado,
aun con fatiga dura,
mientras Proteo airado
sus huestes contra mí hubo lanzado.

En pos van de tu huella
la justicia, el pudor, la verdad nuda,
la candidez más bella,
la entereza tozuda
que en la buena conciencia no se muda.

A mí y a mis collazos,
ya hundidos de la mar al torbellino,
de luz a los regazos
nos vuelves, y en camino
nos pones de otro espacio más benino.

Y la lira febea
suena del cantor sacro, que ennoblece
la cumbre jesubea,
con canto que enardece
e, impaciente de luz, el alma acrece.

Buscas al perseguido
de intrigas viles, y, a la luz llevado,
luego en tu oscuro nido
le escondes asustado,
e infundes el ansión de un canto osado.

¡Retrocede, hombre impío!:
ya se nos abre el cielo más interno,
ya escucho el canto pío
que, con el pulso alterno,
trenzan los sacros coros al Eterno.

Y al Esposo sus cantos
alzan doncellas entre sonos nuevos,
tornan los coros santos
de escogidos mancebos,
y “esposa” y “madre” claman los renuevos.

Doncellas

¿Qué escucho? ¿Dó las yerbas
buscas, mi bien? ¡Oh!, dime: ¿cuál umbría
te ampara en las acerbas
horas del mediodía,
por no andar yo los montes erradía?

Mancebos

¡Oh tú!, más que el sol pura,
abre el postigo que callado sienta,
que cierra noche oscura
y en furia azota el viento,

y mi cabeza anega un mar violento.

Doncellas

A la selva avezadas,
decid, mozas arqueras, a mi Amado,
que aguije sus andadas,
que ya de ansia abrasado
tengo y de amor el pecho vulnerado.

Mancebos

Del Hermión zagalillas
-¡así mi regatón logre el empeño
de apernar las cabrillas!-,
no turbéis de ella el sueño,
en sus altos silencios, ni su ensueño.

Doncellas

Como el Cedro sin rima
con ardua aguja a los demás supera
del Líbano en la cima,
en la tropa mocera
mi amado su cerviz alza altanera.

Mancebos

Como la rosa leda
enrojece con boca ya entreabierta
de espinas en la rueda,
así es tu gloria cierta
sobre las de Sión con lumbre alerta.

Doncellas

¿Será, acaso, mi amigo?,
¿su noble voz?; ¿o engaño es de mi anhelo?
¿Tal vez tras el postigo
se agita su señuelo?,
¿o entre las rejas brilla el áureo pelo?

Mancebos

¿Te vas? Ya el tiempo frío
por las auras más tibias expulsado,
cesa, y del cielo el río;
multicolor el prado
en los valles de flores se ha esmaltado.

Las tórtolas su duelo
ya hacen oír, y el calaboz ya suena
en el alto majuelo,
y el higo su miel buena
ya da con dulce brote que enajena.

¡Oh, surge!, más querida,
más que los ojos por do el alma sueña
aguija la partida;
sal, paloma zahareña,
de entre las hendiduras de la peña.

Muestra tu faz; se abra,
Esposa, a mi sentir tu voz sonante,
que es dulce tu palabra;
ni hay nada más brillante,
ni nada más feliz que tu semblante.

Doncellas

No de otro modo, Amado,
que el cervatillo teme en la partida,
si el bosque tiembla airado,
y la ubre oye perdida,
no de otro modo ven, mi amor y vida.

Todo esto un coro canta,
y otro responde, y el amor les llena
la líquida garganta;
vibra el aura serena,
y el cielo todo, al aplaudir, consuena.

APÉNDICE

Algunas poesías atribuidas a Fr. Luis

Del conocimiento de sí mismo

CANCIÓN

En el profundo del abismo estaba
del no ser encerrado y detenido,
sin poder ni saber salir afuera,
y todo lo que es algo en mí faltaba:
la vida, el alma, el cuerpo y el sentido,
y, en fin, mi ser no ser entonces era;
y así desta manera
estuve eternalmente
nada visible y sin tratar con gente,
en tal suerte que aun era muy más buena
del ancho mar la más menuda arena,
y el gusanillo, de la gente hollado,
un rey era conmigo comparado.

Estando, pues, en tal tiniebla oscura,
volviendo ya con curso presuroso
el sexto siglo el estrellado cielo,
miró el gran Padre, Dios de la natura,
y viome en sí benino y amoroso,
y sacóme a la luz de aqueste suelo;
vistióme de este velo
de flaca carne y hueso;
mas diome el alma, a quien no hubiera peso
que impidiera llegar a la presencia
de la divina y inefable esencia,
si la primera culpa no agravara
su ligereza, y alas derribara.

¡Oh culpa amarga! ¡Y cuánto bien quitaste
al alma mía! ¡Cuánto mal hiciste!
Luego que fue criada y junto infusa,
tú de gracia y justicia la privaste,
y al mismo Dios contraria la pusiste,
ciega, enemiga, sin favor, confusa.

Por ti siempre rehúsa
el bien, y le molesta
la virtud, y a los vicios está presta;
por ti la fiera muerte ensangrentada,
por ti toda miseria tuvo entrada,

hambre, dolor, gemido, fuego, hibierno,
pobreza, enfermedad, pecado, infierno.

Ansí que en los pañales del pecado
fui, como todos, luego al punto envuelto,
y con la obligación de eterna pena,
con tanta fuerza y tan estrecho atado,
que no pudiera della verme suelto
en virtud propia ni en virtud ajena,
sino de aquella llena
de piedad tan fuerte
bondad, que con su muerte a nuestra muerte
mató, y gloriosamente hubo deshecho,
rompiendo el amoroso y sacro pecho,
de donde mana soberana fuente
de gracia y de salud a toda gente.

En esto plugo a la bondad inmensa
darme otro ser más alto que tenía,
bañándome en el agua consagrada;
quedó con esto limpia de la ofensa,
graciosísima y bella el alma mía,
de mil bienes y dones adornada;
en fin, cual desposada
con el Rey de la gloria
-¡oh cuán dulce y suavísima memoria!-,
y allí la recibió por cara esposa,
y allí le prometió de no amar cosa
fuera dél o por él, mientras viviese.

¡Oh, si, de hoy más siquiera, lo cumpliese!
Crecí después, y fui en edad entrando;
llegué a la discreción con que debiera
entregarme a quien tanto me había dado;
y en vez desto, la lealtad quebrando
que en el bautismo sacro prometiera
y con mi propio nombre había firmado,
y aun no hubo bien llegado
el deleite vicioso
del crüel enemigo venenoso,
cuando con todo di en un punto al traste.

¿Hay corazón tan duro en sí, que baste
a no romperse dentro en nuestro seno,
de pena el mío, de lástima el ajeno?
Más que la tierra queda tenebrosa,

cuando su claro rostro el sol ausenta
y a bañar lleva al mar su carro de oro;
más estéril, más seca y pedregosa,
que cuando largo tiempo está sedienta,
quedó mi alma sin aquel tesoro,
por quien yo plaño y lloro,

y hay que llorar contino,
pues que quedé sin luz del Sol divino,
y sin aquel rocío soberano
que obraba en ella el celestial verano:
ciega, disforme, torpe, y a la hora
hecha una vil esclava de señora.

¡Oh, Padre inmenso, que, inamovible estando,
das a las cosas movimiento y vida,
y las gobiernas tan süavemente!
¿Qué amor detuvo tu justicia, cuando
mi alma tan ingrata y atrevida
dejando a ti, del bien eterno fuente,
con ansia tan ardiente,
en aguas detenidas
de cisternas corruptas y podridas,
se echó de pechos ante tu presencia?

¡Oh divina y altísima clemencia,
que no me despeñases al momento
en el lago profundo del tormento!
Sufrióme entonces tu piedad divina,
y sacóme de aquel hediondo cieno,
do, sin sentir aún el hedor, estaba
con falsa paz el ánima mezquina,
juzgando por tan rico y tan sereno
el miserable estado que gozaba,
que sólo deseaba
perpetuo aquel contento;
pero sopló a deshora un manso viento
del Espíritu eterno, y enviando
un aire dulce al alma fue llevando
la espesa niebla que la luz cubría,
dándole un claro y muy sereno día.

Vio luego de su estado la vileza,
en que guardando inmundos animales
de su tan vil manjar aún no se hartara,
vio el fruto del deleite y de torpeza

ser confusión y penas tan mortales;
temió la recta y no doblada vara,
y la severa cara
de aquel juez sempiterno:
la muerte, juicio, gloria, fuego, infierno,
cada cual acudiendo por su parte,
la cercan con tal fuerza y de tal arte,
que, quedando confuso y temeroso,
temblando estaba sin hallar reposo.

Ya que, en mí vuelto, sosegué algún tanto,
en lágrimas bañando el pecho y suelo,
y con suspiros abrasando el viento.

“Padre piadoso -dije-, Padre santo,
benino Padre, Padre de consuelo,
perdonad, Padre, aqueste atrevimiento.

A Vos vengo, aunque siento,
de mí mismo corrido,
que no merezco ser de Vos oído,
mas mirad las heridas que me han hecho
mis pecados, cuán roto y cuán deshecho
me tienen, y cuán pobre y miserable,
ciego, leproso, enfermo, lamentable.

Mostrad vuestras entrañas amorosas
en recibirme agora y perdonadme,
pues es, benino Dios, tan propio vuestro
tener piedad de todas vuestras cosas;
y si os place, Señor, de castigarme,
no me entreguéis al enemigo nuestro;
a diestro y a siniestro
tomad vos la venganza,
herid en mí con fuego, azote y lanza,
cortad, quemad, romped sin duelo alguno,
atormentad mis miembros de uno a uno
con que, después de aqueste tal castigo,
volváis a ser mi Dios, mi buen amigo”.

Apenas hube dicho aquesto, cuando
con los brazos abiertos me levanta
y me otorga su amor, su gracia y vida,
y a mis males y llagas aplicando
la medicina soberana y santa,
a tal enfermedad constituida,

me deja sin herida,
de todo punto sano,
pero con las heridas del tirano
hábito, que iba ya en naturaleza
volviéndose, y con una tal flaqueza,
que, aunque sané del mal y su accidente,
diez años ha que voy convaleciente.

EPITAFIO

Al túmulo del príncipe don Carlos

Aquí yacen de Carlos los despojos;
la parte principal volvióse al cielo;
con ella fue el valor; quedóle al suelo
miedo en el corazón, llanto en los ojos.

CANCIÓN A LA MUERTE DE CARLOS V

Quien viere el sumptuoso
túmulo al alto cielo levantado
de luto rodeado,
de lumbres mil copioso,
si se para a mirar quién es el muerto,

será desde hoy bien cierto
que no podrá en el mundo bastar nada
para estorbar la fiera muerte airada:
Ni edad, ni gentileza,
ni sangre real antigua y generosa,

ni de la más gloriosa
corona la belleza,
ni fuerte corazón, ni muestras claras
de altas virtudes raras,
ni tan gran padre, ni tan grande abuelo,

que llenan con su fama tierra y cielo.
¿Quién ha de estar seguro,
pues la fénix que sola tuvo el mundo,
y otro Carlos segundo
nos lleva al hado duro?

Y vimos sin color su blanca cara,
a su España tan cara,
como la tierna rosa delicada,
que fue sin tiempo y sin sazón cortada.
Ilustre y alto mozo,

a quien el cielo dio tan corta vida,
que apenas fue sentida;
fuiste muy breve gozo,
y agora luengo llanto de tu España,
de Flandes y Alemaña,

Italia, y de aquel Mundo nuevo y rico,
con quien cualquier imperio es corto y chico.
No temas que la muerte
vaya de tus despojos vitoriosa;
antes irá medrosa

de tu espíritu fuerte,
de las hazañas ínclitas que hicieras,
los triunfos que tuvieras;
y vio que a no perderte se perdía,
y así el mismo temor le dio osadía.

OTRA LIRA SOBRE LA CONVERSIÓN

Por bosques y riberas
ando buscando siempre a mi querido;
mis voces lastimeras
resuenen en mi oído,
para que jamás tenga de mí olvido.

¡Oh esperanza mía!
¡Oh bien de mi vivir, gran Dios eterno!
Dichoso fue aquel día
que mi corazón tierno
con golpe lo libraste del infierno.

No fue mortal la herida,
Señor, que recibí de vuestra mano;
fue gracia sin medida,
un bien tan soberano,
que no lo alcanza entendimiento humano.

Mi alma, que metida
estaba en lo profundo del pecado,
por vos fue redimida,
por vos le fue quitado
aquello que sin vos fuera excusado.

¿Qué gracias puedo daros,
Señor, por un tan alto beneficio,
sino glorificaros
haciéndoos un servicio
de mi alma en perpetuo sacrificio?

A LA VIDA DEL CAMPO

¡Oh cuán dichoso estado,
y cuán dulces riquezas
son las que el labrador rústico tiene!,
pues vive descuidado
sin miedo de tristezas,

y el alma en dulce soledad mantiene:
sus trabajos sostiene
con fértiles despojos,
extendiendo los ojos
viendo la variedad que el campo ofrece,

y goza bien tan alto
sin tener de perderlo sobresalto.
Libre de mil cuidados
que levanta el trafago
del vano vulgo de locuras lleno,

cultiva sus sembrados,
y acuérdase del pago
que le dará el trabajo y tiempo bueno;
no juzga el bien ajeno,
ni la ambición dañosa

en él jamás reposa,
para que pierda bienes tan seguros
no le fatiga nada,
ni el oro, ni la plata más cendrada.
Si del trabajo duro

congojado se siente,
busca entre verdes prados su reposo,
y estando allí seguro
menosprecia la gente
que habita en el poblado más famoso:

el brocado precioso,
las perlas orientales,
los tesoros reales,
los topacios y seda tiene en poco,
gozando de aquel prado

de varias flores rico y esmaltado.
Cuando en más alta cumbre
está el sol levantado,
y saca los vapores deste suelo,
si siente pesadumbre

del calor demasiado,
halla entre frescas plantas su consuelo:
contempla el raso cielo
tendido entre las flores
de diversas colores,

susurrando la abeja por entre ellas,
y a ratos recostado
debajo un árbol verde y acopado.
Las aguas plateadas
que salen murmurando

de entre las duras peñas cavernosas,
haciendo mil entradas,
mil vueltas rodeando,
por manos de natura artificiosas;
las rosas olorosas,

y los cantos süaves
que despiden las aves,
cantando sus pasiones amorosas,
le dan tal alegría
que no siente trabajo noche y día.

A LA ASUNCIÓN DE NUESTRA SEÑORA

Al cielo vais, Señora;
allá os reciben con alegre canto.
¡Oh quién pudiese agora
asirse a vuestro manto
para subir con vos al Monte santo!

De ángeles sois llevada
de quien servida sois desde la cuna;
de estrellas coronada
cuál reina habrá ninguna,
pues por chapín lleváis la blanca luna.

Volved los línceos ojos,
ave preciosa, sola, humilde y nueva,
al val de los abrojos,
que tales flores lleva,
do suspirando están los hijos de Eva.

Que si con clara vista
miráis las tristes almas de este suelo,
con propiedad no vista
las subiréis de vuelo,
como perfecta piedra imán al cielo.

A NUESTRA SEÑORA

Cortarme puede el hado
la tela del vivir, sin que me ampare;
mas aunque el cielo airado,
María, el dolor doblare,
olvídeme de mí si te olvidare.

A ti sola me ofrezco;
a ti consagro cuanto yo alcanzare;
sin ti nada merezco,
y mientras yo durare,
olvídeme de mí si te olvidare.

Nací para ser tuyo;
viviré si esta gloria conservare;
la libertad rehúyo,
y mientras yo reinare,
olvídeme de mí si te olvidare.

El alma te presento,
y si el furioso mar la contrastare,
diré con sufrimiento,
mientras más la tocare,
olvidame de mí si te olvidare.

CANCIÓN A NUESTRA SEÑORA

Virgen muy más que el sol resplandeciente,
fuente de eterna vida,
lucero que escureces al de Oriente,
en tempestad, bonanza,
norte por quien me rijo en mi partida,

puerto al alma afligida,
áncora donde estriba su esperanza,
hoy con tu industria y arte
este tu siervo herido al mar se parte.
Partido el corazón huye llorando

de la brava tormenta,
en que andan por la tierra fluctuando
altivos corazones,
que quieren más sufrir cualquiera afrenta,
que por vida contenta

trocar sus intereses y ambiciones,
y no ven los cuitados
los grillos en que están aherrojados.
Mas tú, Reina del cielo piadosa,
que jamás te olvidaste

de la pasada vida religiosa,
en el mayor tormento
el corazón llagado conhortaste,
los ojos enjugaste,
y el ánimo oprimido cobró aliento,

y así desta manera
trocaste el sol ardiente en primavera.
Y mis ojos, cobrando mucha lumbre
pasmaron del engaño
en que andan los que rigen la alta cumbre

del mundo a quien adoran,
que viendo claramente el desengaño
siguen siempre su daño,
aunque con verso público lo lloran,
apellidando el río,
el campo, el mundo, el sol, el valle umbrío.